



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 12 DE SEPTIEMBRE DE 2021

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

Tierra de tesoros enterrados

MI TIERRA: MUSA Y POEMA

OLGA DE LEÓN G.

Nunca se fueron del pueblo. Allí nacieron, allí crecieron, sembraron sus semillas, cultivaron y cosecharon lo que el viento y el clima les dejó hacer. Cada año regresaban las esperanzas de un mejor futuro y al final del mismo se les morían en sus manos callosas y arrugadas, en espera del que seguiría. Y, así de abuelos a padres y de estos a los hijos... Pero, un día esas mismas esperanzas, esas ilusiones casi santas ya no alcanzaron a los nietos. Estos decidieron romper la tradición y se fueron, no con mucha ilusión ni esperanza, solo se fueron porque ya les tocaba irse, nada tenían que esperar, sus sueños murieron en el vientre de la madre que los parió un día en medio de la miseria, del hambre y del viento seco de los pueblos sin agua y sin sombras porque en esas tierras solo crecían huizaches y pajonales arrastrados por el viento que iban sacudiendo el polvo y alisando los caminos empedrados de sueños rotos e ilusiones muertas antes de que nacieran.

Eran pueblos con maíces casi secos, que se volvían mazorca antes de que alguien los recolectara: habiéndose dado pegados al carrizo chupándole las últimas gotas al rocío de la madrugada. En uno de esos pueblos míticos y perdidos en el mapa, había nacido la idea de irse al otro lado del río; irse en busca de lo que allí jamás crecería ni rebosante ni sano: vida, vida joven, de brazos fuertes que hicieran el milagro: reproducir un poquito de riqueza y bienestar para los suyos: sus tesoros.

La desgracia vestida de tierra, de terruños secos, agrietados y duros como terrones de engrudo secado al sol, así mismo es mi tierra adorada. Mi tierra dejada de la mano de Dios y arrugada en sus entrañas por hombres nefastos y ambiciosos, embajadores de la muerte de los pobres: técnica moderna para practicar el exterminio "lento y pacífico"; pero, seguro e infalible.

Cuántos Porfirios Díaz más se necesitan, para terminar con "El cuerno de la abundancia". - Compadre, pero este, el actual, no es como don Porfirio, si hasta lo desprecia... - ¿Quién lo dice? - Él mismo, compadre. - ¡Ah!, no, pos entonces, créale usted, a mi déjeme en mi libertad de pensar y decir lo que veo, no lo que creo.

Y, a Antonio López de Santa Ana, ¿lo recuerda de las madrinan, de la escuela primaria, de la del abecedario y las sumas y restas?... O, ya se le olvidó todo eso, compadrito: por dos millones de pesos-oro vendió más de la mitad de nuestras tierras, de nuestra patria: Tratado de la paz y la amistad iniciado y concluido por ese "nuestro héroe", militar de rango y prestigio... Pos sí, pero así saldó "deuda" reclamada por varios países que le pagó solo a los unaites y states...

-Bueno, pues ruegue a sus dioses, a sus tatas y a Dios padre, que este no nos dé la sorpresa... ¡en tres años, o menos!

- No, compadre, no me diga eso. - Pos', yo nomás digo. Aunque le confieso a usted, que lo que yo quisiera realmente, es que la lengua se me haga de chicharón, antes que tener razón. Pero, por mis visiones en sueños y los tesoros de mis



tatas, quienes pocas veces se equivocan... Mejor vayámonos curando de incrédulos, ingenios y de susto. Nomás mire con qué gentes gobierna, a cuantos buenos ha descabezado u orillado a la renuncia, y en su lugar con cuántos anodinos y grises, pero dispuestos a besarle las manos, si no los pies, los ha reemplazado.

-Compadrito, ya párele, ¿no le da miedo que lo quiera desaparecer del mapa, o quitarle el taco de la boca a usted y su familia? Desaparecerme a mí... pero si no soy Nadie, como dijera Polifemo. Y, ¿a mi familia? ¡Ya nos tiene bien amolados a todos! Y, yo que le creí, y voté por él. Todavía estoy esperando ver reflejado en mi existir de clase media de ideas sociales y humanas, casi pobre, las mejorías.

Pero, bueno, dicen que la última en morir es la esperanza... Y, aunque la mía se me murió hace como año y medio, seguiré guardando un recoveco de luz, apostándole a que fue la mejor opción: "Mal de muchos, remedio de ingenios". Leyendo a Rulfo, en Luvina, una entiende que la pobreza no está en la tierra, ni en el relato, sí en la gente:

"- ¿Dices que el Gobierno nos ayudará, profesor? - Les dije que sí. (...)"

"- También nosotros lo conocemos. Da esa casualidad. De lo que no sabemos nada es de la madre del Gobierno" (J. Rulfo. Luvina).

El Gobierno nunca ha tenido madre: impone su voluntad, y no la de la ciudadanía o pueblo... Llámeme como le llame.

LA CAJA DE PANDORA

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Rocío despierta de su largo sueño: ensoñación de espanto, redescubrimiento que ahora la tiene preocupada. Con los ojos cerrados, alcanza a distinguir un olor a queroseno y a nostalgia de pobreza. Del otro lado de la pared, escucha un rumor de aguas enfermas: sus vecinos pelean por dinero: un infarto en la cima de la montaña de su sueño. Siente en los músculos la rigidez, la tenacidad que le permite resistirse a creer en su propia pesadilla: ¿Es un aviso de que: lo ganado convierte al resto en lo perdido? ¿Es esta la culminación del soplo de la vida? Retumban en su interior la gloria y el coraje. Rocío se levanta y despilfarras viento: que el invisible aire se vuelva sobre sí mismo, afuera de sus labios. Debe haber alguna forma en que pueda hallar la libertad para el despegue. Su alucinación nocturna aún brilla como tempestad y queroseno encendido. Contrasta frente a ella: la magia: la abundancia que tanto ha soñado: el billete con el premio mayor de lotería.

¿Se requiere tolerancia para el vuelco de las cosas? Se recrimina el llanto al descubrir en sus manos el número ganador. Fue un momento de confianza y abandono. La pesadumbre del metro

sucio y de la caja que atiende en el supermercado cada día, desapareció. Fue un instante de telecomunicación con su marido. Pero todo eso: antes de la herida. De la herida dilatada, hinchada, carcomida. El momento de los funerales de la gloria, del estrépito y su deseo de distancia de su propio esposo, quien duerme en lo que ahora es: una almohada vieja y sucia. Fue él quien dio con la ubicación certera de la desgracia: la noticia de una familia secuestrada en Acapulco, luego de ganar la lotería.

Se le columpian en la espalda, en la cadera, entre los dos pulmones, pedazos de nostalgia por la verdadera paz. Ahora cree que el cangrejo, que no contempla el peligro de sus pasos, es sagrado. Su alucinación mortuoria: orejas y dedos amputados, hijos amordazados en el piso. Rocío no desea inmortalidad; ni inmovilidad. Está cansada. Quiere cancelar sus sueños, pero la tempestad regresa y desborda el río. Ahora posee el unicornio, el secreto de la alquimia y el escondite helado. Maquina un nuevo sueño: Tal vez haya manera de realizar un grotesco abandono. ¿Y la alcurmia que tanto admiraba, que anhela presumir? Los sueños rondan su habitación. Ahora el antiguo despertar inconsciente. El verano transurre con sus calurosos días y culminará con una tempestad helada: La construcción y destrucción del sueño conjunto de la familia.

Rocío tal vez abandone todo y se vuelva ermita y consagre sus días a pacificar el frío y la intensidad del océano... ¿y sus planes?, ¿la ensoñación del oro convertido en luz de cielo alumbrando los corazones de sus hijos? Su terquedad le trae insomnio. Observa en tres infantes su propia infancia adormecida. Debe haber alguna manera de mitigar el peligro de vivir el sueño a plenitud. Trata de comunicarse con el viento. Inspira hondo. Tal vez sea momento de que la familia se mude a Babilonia, o a alguna ciudad despótica. Su pecho hace una reverberación: la del quebranto. Ahora entiende el sarcasmo. La tempestad se ha quedado fija junto a ella, para hacer de las suyas en su propia casa. El huracán se hincha.

De pronto: un cobijo. Un desconcierto. Tempestad chica: Ilusión grande. Pantomima de una enseñanza: una moneda escondida en un osito de felpa. La tenacidad le cubre el cuerpo entero. Debe perfeccionar su arma contra el miedo. ¿Dónde están las pruebas? Ella no vive en Acapulco, ni se ha movido de colonia. El vaticinio se vuelve quebradizo. La prudencia ahora trabaja a su favor, a destajo. Los malos sueños son una quimera. Aunque alcanza a oler el viento putrefacto, su familia no está sola. Observa la partición del viento en su propia recámara. Hay una sección donde el aire la embellece, la sana a través de sus fosas nasales, y no le enfría el pecho. La terquedad la obligará al aposento de humildad. Descubrió el destello: una ramificación de puertos... y estadias. Su riqueza será una calumnia y su lloriqueo: temor a la simple soledad. Lanza un escupitajo al viento putrefacto en la esquina de la recámara, mientras las retículas deshinchadas de los bolsillos de su pantalón... van hinchándose poco a poco con billetes.



Elsa Triolet

(Moscú, 12 de septiembre de 1896 - París, 16 de junio de 1970) fue una escritora francesa de origen ruso, que dedicó gran parte de su vida a escribir novelas.

Nació en el seno de una acomodada familia burguesa de origen judío. Sus padres, originarios de Letonia, formaron una familia cosmopolita en la que los viajes por los lugares de moda de toda Europa fueron habituales en la infancia de las dos jóvenes hermanas. El padre era abogado y la madre virtuosa pianista. La muerte del padre, cuando Elsa solo contaba quince años, obligó a la familia a reducir notablemente su tren de vida.

En 1919 se casó en París con un militar francés, André Triolet, y al año siguiente pasó con él una temporada en la isla de Tahití, viaje que servirá de inspiración para su primera novela. El año 1921 abandonó a su marido y se fue a vivir a Londres y Berlín.

Mas tarde escribió cuatro novelas en ruso, En Tahití (1925), Fresa silvestre (1926), Camuflaje (1928) y Collares.

En los años 1930, escribe reportajes para periódicos rusos; también se dedicó a traducir a los grandes novelistas rusos al francés y empieza a escribir su primera novela en francés, Buenas noches, Teresa.

En 1939 se casó con el escritor comunista francés Louis Aragón (1897-1982) y junto a él, entró en la Resistencia Francesa contra la ocupación alemana, en la zona sur, y colabora en la elaboración y difusión de los periódicos La Drôme en Armes y Les Etoiles.

Tras publicar La puesta en palabras (1969) y El ruiseñor calla al alba (1970), Elsa Triolet muere de una dolencia cardíaca el 16 de junio de 1970, a los 73 años, en la propiedad que tenía junto a Louis Aragón, el Moulin de Villeneuve.

Está enterrada en el parque de seis hectáreas que rodea ese viejo molino junto a Aragón.

ad pédem literae

Cuántas muertes más serán necesarias para darnos cuenta de que ya han sido demasiadas

Bob Dylan

Letras de buen humor

No le temo a la muerte, sólo que no me gustaría estar allí cuando suceda

Woody Allen

Guillermo Fadanelli

La vida en Twitter

Las redes sociales me recuerdan a los mercados de pulgas y chácharas; encuentro allí desde un abrigo de astracán hasta un revolver, si sabes buscar. Yo alguna vez encontré un libro de mi autoría en veinte pesos y lo compré de inmediato. Lo firmé y lo revendí en otro puesto por treinta. Sí, lo acepto, siempre he sido un poquitero. Y como al main stream literario le resultado abominable, yo mismo debo llevar mis propias cuentas. No nací para hacer vida social con extraños, colegas y demás arbitrariedades del oficio. En Twitter lanzo mensajes, citas de autores, aforismos, maldiciones, pero en cuanto las escribo salgo corriendo de allí y a otra cosa. No leo respuestas, ni mensajes personales, ni nada, hecho que me debe hacer parecer un arrogante. Más bien soy desentendido y Twitter no es mi medio de comunicación fundamental; lo mío es el lenguaje escrito y los libros y revistas, aunque sean virtuales. No estoy al tanto de las noticias, pues ello me volvería más ignorante; sin embargo, de vez en cuando pongo algo de atención en la actualidad para entretenerme y cerciorarme de que los hechos siempre llegan después de lo pensado. Sé que en mis citas he abusado de varios escritores y

filósofos. Tal vez a alguien le sean de provecho mis alusiones. Y si no, me da lo mismo. No puedo cambiar mi propia vida, ni las costumbres en casa, mucho menos voy a desear influir en desconocidos. Por ello, la idea de alterar la vida de un país entero me parece aterradora. Que lo intenten si tienen buena voluntad, cultura e inteligencia. Si no, que dejen continuar al tren sobre sus maltrechas vías. No sé cuántos seguidores tengo en Twitter; no consulto el número, aunque de pronto algún indiscreto me informa sin pedírselo. ¿Cómo puede alguien estar atento a esos datos? La vanidad disminuida a unas cifras, por demás relativas. Alguna vez en la madrugada, saliendo de un antro, me quedé tirado en la calle Amsterdam, pues me sentí mal repentinamente, y lo último que hice antes de desdoblarme encima de una banca fue pedir ayuda en Twitter. Nadie fue en mi auxilio y creo que sólo tuve un par de burlas como respuesta. ¡Vaya seguidores!

La verdad me tomo las cosas muy en serio porque no les encuentro sentido. Sería absurdo discutir en las redes, sobre todo cuando pienso que tengo razón. Hace un par de meses probé entrar a



Instagram, pero no lo uso ni sé para qué sirve, subí algunas fotografías, pero me aburre y no le encuentro gracia. Mi pareja —la del arca de Noé— me agregó a algunos "amigos" para seguirlos, ella los eligió, pues es docta en esos asuntos. Yo sólo sigo a mi sombra, pero cuando va detrás de mí. Me gusta escribir en Twitter porque allí ensayo el aforismo, no porque quiera comunicarme. La comunicación es esencialmente ruido, como suelo decir, y ya casi nadie tiene algo interesante que decir, comenzando por mí. No borro los tuits que envié al aire porque no considero importante mi historial y no me avergüenzo de haber escrito nada, son leves cicatrices, los mensajes arrojados a

esa sucia bañera de nombre Twitter; y allí flotan y permanecen porque de entrada son accidentales, y ante los accidentes no puede uno hacer nada. Es verdad que pienso antes de escribir, pero las consecuencias resultan imprevisibles. La red está colmada de basura y, sin embargo, hay quien obtiene conclusiones de ella y se construye una ética de papel que cualquier viento disemina. De vez en cuando algo en Twitter brilla o llama mi atención. Les digo, los mercados de chácharas son así; hay que dedicarles cierto tiempo, pero al menos en los mercados públicos haces ejercicio y tu curiosidad se despliega en los montones de objetos puestos en venta.